

2. Resistencia agroecológica en espacios rururbanos en Ciudad Guzmán, Jalisco

ALEJANDRO MACÍAS MACÍAS*

YOLANDA LIZETH SEVILLA GARCÍA**

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.263.02>

Resumen

El presente capítulo tiene como objetivo discutir —a través de la historia de un campesino de Ciudad Guzmán, en el sur de Jalisco— cómo las agroecologías urbanas son espacios permanentes de resistencia contrahegemonía. Con más de 40 años de experiencia agroecológica, Rogelio ha enfrentado distintas presiones para abandonar esta actividad, desde las ejercidas por sus familiares, hasta las que provienen del crecimiento de la ciudad y de las actividades agroindustriales, para las cuales la agroecología urbana se convierte en un obstáculo. A pesar de todo, Rogelio se mantiene en su objetivo agroecológico e incluso lo ha fortalecido a través de una red de amigos y colaboradores con quienes se ha vinculado en los años recientes, aunque en el futuro aparece una nueva amenaza relacionada con su edad y la falta de interés de su familia por su actividad.

Palabras clave: *resistencia, rururbanización, hegemonía, occidente de México.*

* Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social. Profesor-investigador en el Centro Universitario del Sur, de la Universidad de Guadalajara (UDG-CUSur), México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1359-3402> ; correo: alejandrom@cusur.udg.mx

** Maestra en Ciencia del Comportamiento con orientación en Alimentación y Nutrición. Profesora del Centro de Investigaciones en Territorio y Ruralidad (CITER), en el Centro Universitario del Sur, de la Universidad de Guadalajara (UDG-CUSur), México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5752-7194>

Introducción

En México, como en el mundo, la producción de alimentos se enfrenta a condiciones vulnerables. En primer lugar, cada vez más personas viven en ciudades, urbanizando incluso espacios que hasta hace poco eran rurales y agrícolas. Así, una mayoría crecientemente citadina —56% a nivel mundial (Banco Mundial, 2023) y 79% en México (INEGI, 2020)— depende de una minoría agroproductora para la obtención de los alimentos que diariamente necesita. Tal situación se agrava por el hecho de que las zonas rurales también se han urbanizado en sus actividades económicas, de manera que cada vez son más las personas dedicadas a la industria, los servicios y el comercio y menos a la agricultura.

En segundo lugar, aunque la producción mundial de alimentos recae en un 80% en la agricultura familiar (FAO e IFAD, 2019), es evidente que muchos de los productos que llegan a las poblaciones urbanas son generados por grandes consorcios transnacionales cuyo estilo de producción se basa en la explotación y abuso de las riquezas naturales, además del uso constante y creciente de semillas híbridas o transgénicas, fertilizantes inorgánicos, agroquímicos y maquinaria pesada, así como procesos de transformación donde se privilegia el bajo costo y la atractiva presentación de las mercancías antes que la calidad nutricional y saludable de los productos. Bajo estas condiciones, los alimentos a los que tiene acceso la mayoría de la población suelen ser productos cargados de ingredientes y sustancias dañinas para el cuerpo humano o, por lo menos, inservibles para su nutrición.

En tercer lugar, aunque la aportación de la agricultura de pequeña escala a la producción de alimentos es mayúscula, el 70% de las tierras cultivables en el mundo actualmente están acaparadas por apenas el 1% de las explotaciones agrícolas más grandes (IPES-FOOD, 2024). A ello habrá que agregar que, de acuerdo con UN (2023), entre 2015 y 2019 se perdieron anualmente 100 millones de hectáreas de tierras sanas en el mundo, lo que significa una pérdida anual promedio de 24 mil millones de toneladas de suelo fértil (UN, 2019). Si se sigue esta tendencia, para 2025 dos tercios de la población mundial vivirá en condiciones de “estrés hídrico”, y en 2045 la

desertificación será responsable del desplazamiento de 135 millones de personas (UN, 2019).

Ante este panorama, la agroecología y, en particular, la agroecología urbana, se ha convertido en una opción crecientemente abrazada por muchos habitantes de las ciudades y de sus zonas periféricas, quienes buscan mecanismos para volver a producir sus propios alimentos, los de su familia y los de su comunidad, garantizando que estos sean sanos y nutritivos, además de que contribuyan en algo a la solución de las crisis medioambientales que hoy se viven, sobre todo en las ciudades. Sin embargo, por sus características y por los intereses que afectan o pueden afectar, los huertos agroecológicos urbanos están expuestos a constantes presiones para desaparecer, de manera que se han convertido en espacios de resistencia ante diferentes fuerzas que configuran la vida moderna occidentalizada.

En el presente trabajo abordaremos este tema a partir de la historia de vida de Rogelio, un campesino urbano que tiene más de 40 años trabajando y defendiendo la agroecología en Ciudad Guzmán, en el sur de Jalisco. Ubicado no sólo en una localidad de rápido crecimiento urbano, sino en una región que ha abrazado, en las más recientes décadas, la agroindustria frutícola intensiva, Rogelio se ha visto envuelto en una serie de eventos que pusieron en riesgo la supervivencia de su parcela. No obstante, su empeño por la agroecología y las redes sociales de apoyo que ha forjado con el tiempo le permiten no sólo mantener su huerto, sino vislumbrar para él un futuro mejor.

Para la realización de esta investigación, enmarcada dentro del proyecto de investigación e incidencia sobre transición agroecológica, los autores acudieron a los métodos etnográfico y de investigación-acción participativa. Para ello realizaron trabajo de campo en Ciudad Guzmán y en la huerta de Rogelio, entre abril de 2022 y agosto de 2024, periodo en el cual hicieron observación participante, aplicaron dos entrevistas a profundidad a Rogelio, así como varias entrevistas informales con las personas de su entorno y participaron en distintos talleres, sesiones de escuela de saberes y seminarios de análisis sobre el proceso de transición agroecológica en el sur de Jalisco.

Rururbanización y resistencia agroecológica

En las más recientes décadas, los conceptos dicotómicos de *urbano* y *rural* se han modificado sustancialmente, derivado de una serie de fenómenos que, si bien estaban presentes en la geografía de regiones y países desde hace mucho tiempo, se han extendido aún más con la globalización. Entre tales fenómenos, que se refuerzan unos a otros, se encuentran la expansión de los mercados, la industrialización de la agricultura, la urbanización de las comunidades rurales, el desarrollo de la tecnología, las vías de comunicación y los mecanismos de transporte; la intensificación de la migración de personas de forma pendular, temporal y permanente, derivado de las crecientes desigualdades en las oportunidades de empleo que la reestructuración económica provoca; la mayor infraestructura urbana con la que cuentan algunos territorios rurales en contraste con los problemas crecientes de contaminación, reducción de espacios e inseguridad que se viven en las ciudades, especialmente en las más grandes.

Todos estos fenómenos han provocado que la línea divisoria entre territorios urbanos y rurales se diluya y, en algunos casos, se vuelva casi inexistente, de manera que en los lugares teóricamente urbanos se observan cada vez mayores manifestaciones que caracterizaban a la ruralidad, mientras que en los pueblos y comunidades del campo se encuentran de forma creciente bienes, servicios y condiciones que anteriormente estaban casi en su totalidad reservadas para las ciudades.

La situación anterior ha provocado el resurgimiento del concepto de *territorio rururbano*, que en 1976 propusieron Bauer y Roux para referirse a aquellos territorios localizados en la cercanía de centros urbanos, que reciben una gran cantidad de población nueva, principalmente de origen urbano, pero en la que subsisten espacios, paisajes y prácticas no urbanizadas (Bauer y Roux, 1976). Esta idea de rururbanización se ha ampliado con el paso de los años para contemplar también a aquellos pueblos y ciudades pequeñas que han sido fuertemente impactadas por dinámicos procesos de urbanización, como resultado del desarrollo de determinadas actividades económicas atrayentes de mano de obra.¹ Cuando esta situación se da, el

¹ Una de estas actividades es la agricultura industrializada, sobre todo aquella que es intensiva en mano de obra. Este tipo de agricultura, además de atraer población a las localida-

crecimiento de la mancha urbana paulatinamente se apropia de los espacios cercanos al núcleo poblacional, que anteriormente eran destinados a actividades agropecuarias, aunque ello no sucede de una manera homogénea ni total, sino que, en el proceso de expansión urbana, van quedando terrenos sin construcción, entre otras razones porque sus dueños demandan mantener en ellos sus prácticas previas.

Algunos de estos actores son los agricultores que se niegan a renunciar a sus espacios de labor —muchas veces, contruidos a través de múltiples generaciones— y, por el contrario, continúan con la producción de alimentos aun cuando lo hacen en condiciones adversas. Su persistencia provoca como resultado la presencia de terrenos, anteriormente agrícolas, que ahora aparecen como baldíos atípicos a las características de la ciudad, en los cuales se mantienen prácticas agrícolas frecuentemente vinculadas con la sustentabilidad y el rescate de los saberes campesinos. Estos lugares se convierten en espacios de diversas resistencias ante el embate de la modernización urbana.

La *resistencia* es un concepto sobre el que se ha discutido mucho en ciencias sociales. Uno de sus principales estudiosos es James Scott, quien sostiene que, aun en las condiciones de mayor subyugación, el poder no es absoluto, de manera que los actores dominados siempre tienen posibilidades para contrarrestar su sojuzgamiento con prácticas de resistencia tan amplias que van desde acciones sutiles y casi desapercibidas para los poderosos, que son puestas en práctica en la cotidianidad a través de discursos ocultos, hasta el enfrentamiento abierto y frontal que lleva a la rebelión (Scott, 2000). La elección entre las distintas opciones de resistencia depende, entre otras cosas, de la valoración que los dominados hacen sobre las consecuencias potenciales de sus actos, tanto positivas como negativas. Por eso, cuando la asimetría de poderes es muy grande, generalmente el enfrentamiento abierto suele ser poco viable para los débiles, tanto por las dificultades para articular colectivamente la resistencia y asegurar una mayor equidad de po-

des, provoca una serie de fenómenos que trastocan los equilibrios demográficos previos, tales como la concentración de la tierra y los recursos productivos en actores capitalizados, que lleva al desplazamiento de campesinos y productores de pequeña escala para convertirlos en asalariados, nuevos actores económicos urbanos o incluso emigrantes a otros territorios, muchas veces en condiciones de alta vulnerabilidad (Woods, 2007).

deres como por las altas probabilidades de fracaso y los elevados costos que conlleva. En estas circunstancias y por lo menos mientras no existan condiciones para el enfrentamiento, las acciones de resistencia se circunscriben a actos velados que son ejecutados en la vida diaria, tales como rumores, críticas, gestos, pequeñas desobediencias, acciones de sabotaje, formas de producción contrarias a las dominantes, etc. Con estas, los débiles pueden confrontar de manera indirecta las posiciones dominantes para obtener ciertos beneficios.

Aunque la propuesta de resistencia de Scott se da principalmente en un contexto interpersonal, puede también ser extrapolada a situaciones donde la resistencia no es ante otro actor, sino ante una tendencia hegemónica, como sucede actualmente con la agricultura industrializada y con el modo de vida occidental. Para analizar este tipo de resistencia, conviene primero entender cómo se logró, por ejemplo, que el modelo agroindustrial fuera internalizado en las prácticas campesinas. Para ello recurrimos al concepto de *hegemonía* propuesto por Gramsci, quien sostiene que las clases dirigentes no sólo mantienen su posición mediante el ejercicio coercitivo del poder y el control de los medios de producción, sino también a través de legitimar y naturalizar la ideología dominante como única con validez racional universal (Gramsci, 2018).

En el caso de la producción alimentaria, desde el inicio de la Revolución Verde, a mediados del siglo xx, los Estados naturalizaron, a través de las prácticas extensionistas por parte de agrónomos y veterinarios y por la vía de los medios de comunicación, el discurso dominante que destacaba las ventajas de producir alimentos utilizando insumos externos y maquinaria pesada, y dejando de lado, por ineficientes, las anteriores prácticas campesinas. Esto hizo que la mayor parte de la sociedad, en proceso de modernización, se convenciera de sus bondades respecto a otros sistemas de producción. Así, mientras los consumidores lo consideraron como el único medio válido para acceder a alimentos nutritivos y saludables en un contexto de creciente urbanización, para los agricultores, incluidos muchos campesinos, constituyó una manera mucho más fácil y certera de producir alimentos que fueran rentables económicamente, en momentos en que la vida rural requería acudir con mayor frecuencia a la diversificación productiva y al pluriempleo. Finalmente, para los gobiernos y organismos interna-

cionales, alineados a los intereses de las élites, la agricultura industrializada representaba la vía para generar la suficiente cantidad de alimentos que permitieran combatir el hambre, la pobreza y los factores explosivos que estas conllevan.

En ese contexto, la agricultura campesina e indígena, conectada con los ciclos de la naturaleza y sin uso de insumos externos, pasó de ser el sistema generalizado de producción alimentaria a una rareza en los campos de la mayoría de los países. Tuvieron que venir las crisis ecológicas, alimentarias y nutricionales de finales del siglo xx, para que resurgieran, desde el ámbito científico y académico, pero también desde distintos movimientos de base y desde grupos campesinos e indígenas que se resistieron a adoptar las tecnologías modernizantes, distintas propuestas que cuestionaban los fundamentos del paradigma hegemónico y buscaban formas alternativas para la producción de alimentos. De acuerdo con Holt-Giménez (2009, pp. 77-78; 2017, p. 220), estas propuestas se pueden agrupar en dos grandes tendencias contrahegemónicas: la primera, radical y confrontativa, se orienta a transformar aspectos estructurales del sistema agroalimentario para alcanzar la soberanía alimentaria y la democratización del sistema en favor de los pobres (Holt-Giménez, 2009, p. 78). En esta tendencia, en la que participan movimientos como la Vía Campesina o los Sin Tierra de Brasil, buscan influir en aspectos como la redistribución de la tierra y de los derechos al agua, el acceso a las semillas criollas y los recursos para producir alimentos, la destrucción de los monopolios alimentarios corporativos, así como la renegociación de los tratados comerciales en favor de los campesinos y productores de pequeña escala.

Sin embargo, dado que la transformación del sistema agroalimentario implica procesos de lucha de largo plazo frente a poderosos y articulados consorcios transnacionales, existen otros movimientos de resistencia progresista o de transición que promueven el cambio a través de actos más concretos y menos contestatarios, en concordancia con lo que Scott (1985) denomina armas de los débiles. Estos movimientos, que “promueven una transición gradual y gestionada desde las bases, hacia un sistema alimentario más equitativo y sostenible” (Holt-Giménez, 2009, pp. 77-78), impulsan el uso de prácticas alternativas que retoman los principios ancestrales de relación fraternal del ser humano con la naturaleza y con sus semejantes, tales

como agricultura orgánica, agroecología, permacultura, agricultura biodinámica, agricultura comunitaria, economías alternativas —solidaria, comunitaria, feminista, etc.—, procesos educativos y de defensa de los saberes locales, entre otras. A través de ellas se intenta reiniciar la resistencia contrahegemónica mediante la deconstrucción de los fundamentos agroindustriales y la reconstrucción de los principios de la agricultura campesina ancestral.

Parte de esta tendencia es la *agroecología urbana y periurbana* (AEUP), definida como un sistema diversificado de producción de alimentos y otros derivados de la producción agrícola y los procesos relacionados (transformación, distribución, comercialización, reciclaje, etc.), que tienen lugar en terrenos y espacios dentro de las ciudades y regiones circundantes, en los que participan actores, comunidades, métodos, lugares, políticas, instituciones, sistemas, ecologías y economías urbanas y periurbanas, y donde no se utilizan agroquímicos ni insumos externos, además de que se fomentan prácticas adaptadas a las condiciones naturales y sociales locales, buscando la soberanía alimentaria, la estabilidad económica, la sostenibilidad ecológica, el incremento de la biodiversidad y la integración social de familias y comunidades (FAO, Rikolto y RUAF, 2022, p. 11; Semarnat, 2023).

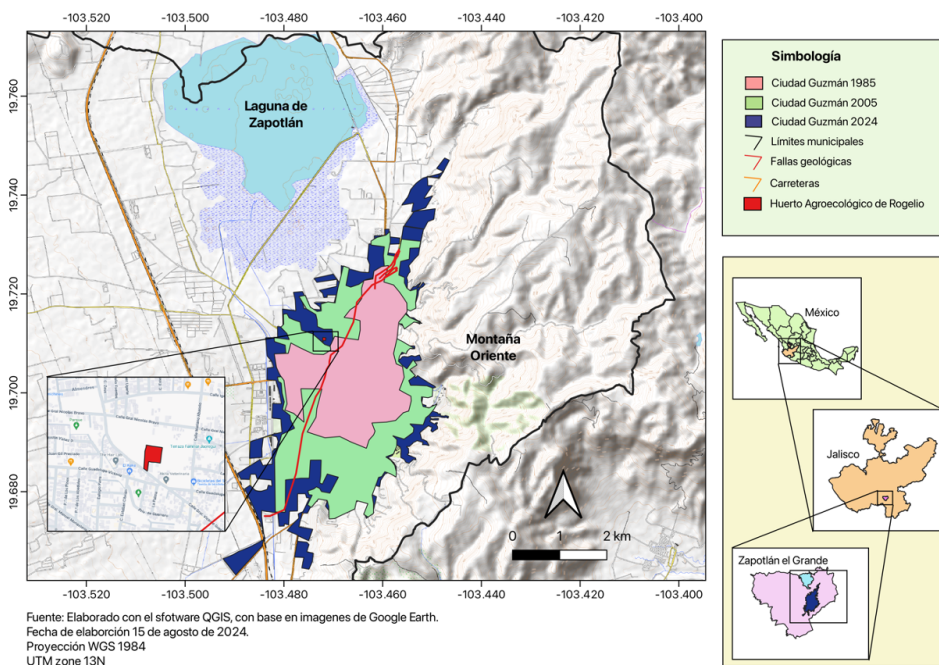
Además de su labor productiva, los huertos agroecológicos urbanos también tienen el potencial para convertirse en espacios de aprendizaje socioecológico donde se pongan en práctica los diálogos de saberes y se favorezcan procesos de integración y colaboración comunitaria (Semarnat, 2023).

Los huertos agroecológicos urbanos son espacios de resistencia en distintos ámbitos y ante distintos actores. Más adelante expondremos el caso de Rogelio, quien desde hace más de cuatro décadas decidió mantener su huerto familiar agroecológico en Ciudad Guzmán, aunque ello implicara resistir al crecimiento urbano, a la agroindustrialización que se vive en su región, a la oposición de familiares, amigos y consumidores, así como a los intentos de otros personajes por desviar su proyecto y expropiar sus ganancias. Gracias a su persistencia y a los aportes de la red de apoyo que ha logrado construir, su huerto es, en la actualidad, un agroecosistema diversificado donde se producen alimentos saludables y nutritivos, se incrementan y mejoran las riquezas naturales, se produce oxígeno en beneficio de la ciudad y se contribuye de alguna forma a reducir la vulnerabilidad ambiental local.

Ciudad Guzmán, en el corazón del “gigante agroalimentario de México”

Ciudad Guzmán es una localidad urbana de 295.29 km², localizada en el sur del estado de Jalisco, en el occidente de México (figura 1). Hasta el año 2020 vivían en esta ciudad 111 975 habitantes, con una densidad de población de 379.20 habitantes por kilómetro cuadrado y tasa de crecimiento poblacional de 1.39% anual (INEGI, 2020). Es además la cabecera del municipio de Zapotlán el Grande y el centro urbano más importante del sur de Jalisco.

Figura 1. Ciudad Guzmán y su evolución en el tiempo



Fuente: Elaborado con *software* QGIS con base en Google Earth.

Su categoría de ciudad data del 27 de marzo de 1824, cuando se le concedió este título por decreto del gobierno de Jalisco (INEGI, 2014). No obstante, la condición de centro urbano y económico de mayor relevancia regional se gestó principalmente a partir de los albores del siglo xx, cuando

su ubicación geográfica estratégica respecto de las grandes industrias regionales —ingenio Tamazula, fábrica de papel Atenquique, en Tuxpan, y empresas cementeras y caleras en Huescalapa, municipio de Zapotiltic— le permitió consolidarse como el lugar de residencia de muchos de los trabajadores de estas industrias, así como el centro comercial y de servicios para los pobladores de los municipios vecinos. A ello se añade la actividad industrial de bienes ligeros con la que cuenta —fabricación de cerillos, chocolate, contenedores vehiculares, etc.— y, sobre todo, la dinámica actividad agroindustrial que se ha desarrollado en el municipio de Zapotlán el Grande y en la región a partir del año 2000.

Desde el punto de vista geográfico, Zapotlán el Grande es un municipio caracterizado por tres importantes elementos:

1. *La laguna de Zapotlán*, vaso lacustre con una superficie promedio de entre 900 y 1 340 hectáreas —aunque en 1920 su superficie ascendía a 2 800 hectáreas que fueron disminuyendo por el crecimiento de la mancha urbana de Ciudad Guzmán (García de Alba, en entrevista con Carrillo-Armenta, 2004, p. 18) y el desarrollo de la agricultura—, con una profundidad promedio de 4.75 metros y capacidad máxima de almacenaje de hasta 27 millones de metros cúbicos (Michel-Parra *et al.*, 2005). La laguna de Zapotlán representa un regulador climático regional, además de una barrera de protección contra tormentas y área de refugio para aves acuáticas y diversas especies amenazadas y en peligro de extinción (Ramsar, 2020). Su estabilidad hoy se encuentra amenazada por el crecimiento urbano, el desarrollo agroindustrial y las obras de infraestructura que se construyen en su entorno (Macías-Macías y Sevilla García, 2022, pp. 573-575).
2. *El valle de Zapotlán*, cuya altura promedio va de 1 500 a 1 550 metros sobre el nivel del mar (msnm). Comprende aproximadamente 49% de la superficie municipal, es decir, alrededor de 156 km², siendo uno de los valles más fértiles en el sur de Jalisco, aunque su tamaño se ha visto reducido por el crecimiento de la mancha urbana de Ciudad Guzmán. El cultivo que tradicionalmente predominaba en este valle era el de maíz, hasta que la irrupción de la fruticultura industrial ocasionó modificaciones importantes a partir del siglo xxi.

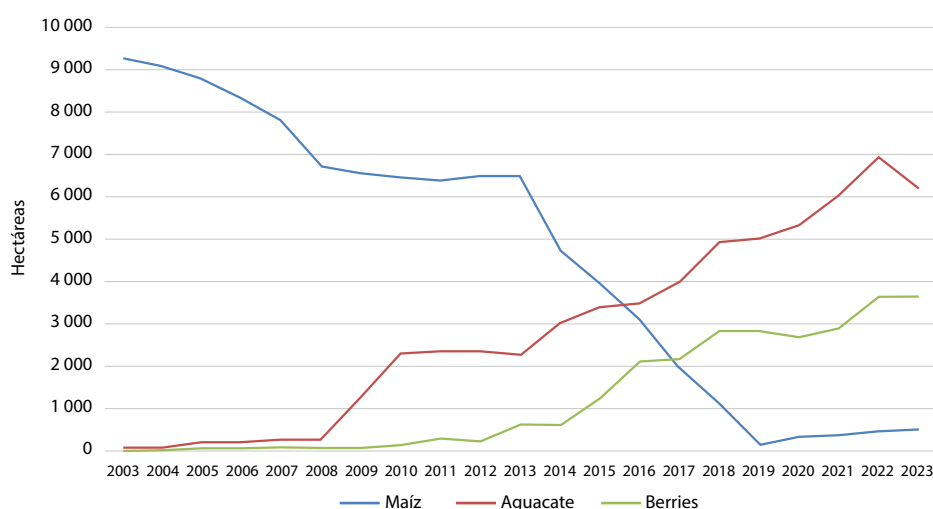
3. *Las sierras boscosas localizadas al oriente y al poniente del municipio*, con alturas que van de 1 700 a 2 683 msnm. Del lado poniente, la montaña corresponde a las faldas del Nevado de Colima, principal montaña en Jalisco, mientras que por el oriente se encuentra el principio de la Sierra del Tigre, que llega hasta Michoacán. Durante el siglo xx las principales actividades económicas en las sierras de Zapotlán el Grande eran la obtención de celulosa y madera para la fábrica de papel de Atenquique, la agricultura de temporal y la actividad ganadera. Sin embargo, a partir de la década de 1990 crecieron los aserraderos y desde el año 2000 se incrementó considerablemente la superficie dedicada a la producción de aguacate, situación que ha provocado una intensificación en los procesos de deforestación.

En el sur de Jalisco, la producción frutícola industrializada comenzó un espectacular despegue a partir del año 2000, primero con el crecimiento de las huertas de aguacate, que pasaron de 306 hectáreas en 1999 a 26 058 hectáreas en 2023, y después con el desarrollo de la industria de frutillas o *berries* —fresa, frambuesa, arándano y zarzamora—, cuya superficie creció de 88.5 hectáreas en 2006 a 6 905 hectáreas en 2023 (SADER-SIAP, 2024). Este crecimiento fue uno de los factores que en 2014 motivaron al gobierno del estado a aventurarse y denominar a la entidad como el gigante agroalimentario de México (Seder, 2014), toda vez que estas dos agroindustrias aportaron ese año el 18.9% del valor agrícola regional, y la región contribuyó con el 18.3% del valor de la producción agrícola estatal (SADER-SIAP, 2024). Tales cifras incluso han crecido con el paso del tiempo, de manera que en 2023 el aguacate y los *berries* aportaron 40.9% del valor de la producción agrícola regional y 10.4% del valor de la producción agrícola de Jalisco —segundo estado que más valor aporta a la agricultura nacional—, mientras que la región sur en total contribuyó con 25.5% del valor total de la producción agrícola estatal (SADER-SIAP, 2024).

Zapotlán el Grande es el territorio donde se manifiesta con mayor fuerza el dinamismo agroindustrial regional. En este municipio sus agricultores tradicionalmente se dedicaban a la producción de maíz blanco, sorgo y otros granos, que ocupaban el 66% de la superficie agrícola municipal. No obstante, con el crecimiento de las huertas de aguacate, que pasaron de 60.4 hec-

táreas en 1999 a 6 185 hectáreas en 2023 y de las plantaciones de *berries*, que crecieron de 20 hectáreas en 2004 a 3 648 hectáreas en 2023, ambas agroindustrias ocuparon en 2023 el 78.6% de la superficie agrícola municipal —en 2021 llegó a ser de 84.8%—, además de aportar 91% del valor de la producción agrícola municipal. En contraste, la superficie destinada a maíz descendió 94.4%, al pasar de 9 245 hectáreas en 2003 a solo 150 hectáreas en 2019 y 521 hectáreas en 2023 (figura 2).

Figura 2. Superficie sembrada de principales cultivos en Zapotlán el Grande, Jalisco



Fuente: Elaborado con base en SADER-SIAP (2024).

En general, lo sucedido con las agroindustrias de aguacate y *berries* en Zapotlán el Grande es una clara muestra del viraje de este municipio y, en general, de la región sur de Jalisco hacia los monocultivos de alto valor agregado, con todo lo que ello conlleva en términos de concentración de recursos territoriales, desplazamiento de agricultores y afectaciones a la naturaleza (para más detalles al respecto *vid.* Macías-Macías y Sevilla-García, 2021). De hecho, las huertas de aguacate y las parcelas de *berries* no sólo cubren buena parte de las sierras municipales y el valle de Zapotlán, sino que incluso han llegado a instalarse dentro de la propia cabecera municipal.

Por otro lado, Ciudad Guzmán se localiza en la región geológica Graben Colima, dentro de la Faja Volcánica Transmexicana, que se caracteriza por

la existencia de varios aparatos volcánicos y diversas estructuras geológicas. Tal situación hace que toda la región sur de Jalisco se encuentre enclavada en la zona de mayor peligro por sismicidad en México y que Ciudad Guzmán sea especialmente vulnerable a ello, al ubicarse en el límite oriente de una fosa tectónica que corre en dirección norte-sur desde el lago de Chapala (Lazcano, 2013). Esto la hace ser atravesada por distintas fallas y fracturas —particularmente una que corre de noreste a suroeste de la localidad (*vid.* figura 1)— que son resultado de su localización entre un bloque levantado, como la Sierra del Tigre, y un bloque hundido, como la depresión de Zapotlán (Gobierno de Zapotlán el Grande, 2016, p. iv-7).

Ciudad Guzmán ha sido históricamente una localidad muy perjudicada por movimientos telúricos, que incluso forman parte de su identidad colectiva —la principal fiesta religiosa de la localidad, que es por San José, deviene precisamente de un juramento hecho al santo con motivo de un terremoto ocurrido en 1749 y ratificado luego de otro temblor en 1806 (De la Peña, 1991, p. 16). El más reciente de ellos, de consecuencias funestas, ocurrió el 19 de septiembre de 1985, cuando un terremoto de 8.1 grados en la escala de Richter ocasionó la muerte de 24 personas de acuerdo con los datos oficiales, aunque otras fuentes comentan que la cifra ascendió a 70 (Delgadillo y Bassols, 1986, p. 104). Además, hubo entre 600 y 750 heridos y 21 mil damnificados —que representaban el 32% de los habitantes de la ciudad—, así como 17% de las viviendas con pérdida total, 14% con daños severos y 32% con afectaciones leves (Martín, 2023).

En aquel entonces, las razones esgrimidas para explicar la tragedia no sólo se concentraban en el hecho de que la ciudad estuviera construida en una zona de alta sismicidad y sobre fallas de consideración, sino también en que la construcción de la mitad de las casas era con paredes de adobe y techos de teja, que no soportaron el grado de intensidad del temblor (Delgadillo y Bassols, 1986, p. 104). Adicionalmente, se argumentó que la región vivía un proceso de letargo económico y urbano que no correspondía con el crecimiento de su población, de manera que ello había aumentado el hacinamiento de las familias y la alta densificación espacial. Esto ocurría principalmente en las colonias populares, precisamente donde las casas eran más endebles, de manera que fueron las más perjudicadas con el sismo.

La fatalidad de 1985 marcó un parteaguas para la vida de la ciudad. Por un lado, el endurecimiento de la normatividad para la construcción hizo que paulatinamente las casas de adobe y teja fueran sustituidas por otro tipo de viviendas con muchas mayores condiciones de seguridad; por otro, los programas públicos, privados e internacionales de ayuda para la reconstrucción atrajeron a pobladores de otros municipios y estados del país, quienes aprovecharon en parte la oferta de vivienda popular que en Ciudad Guzmán se generó.

Estos dos factores provocaron un crecimiento importante de la ciudad (figura 1), cuya superficie pasó de 761 hectáreas en 1985 a 1 068 hectáreas en 1995, es decir, un crecimiento de 40.3% (Cabral y Medina, 1997, p. 327). En términos habitacionales, mientras en 1980 existían 10 872 viviendas, para 1990 había 14 572 y en 1995 sumaban 17 192 (tabla 1). Ello significó que, a diferencia de lo que había sucedido en los años previos —cuando la población aumentaba en mayor proporción que el número de viviendas—, a partir de 1985 la ciudad empezó a crecer más que sus habitantes, de manera que durante el último quinquenio de la década de 1980 y en toda la de 1990 hubo un proceso de dinamización en el sector inmobiliario, cuya oferta de empleo motivó también la inmigración (Cabral y Medina, 1997, p. 327).

Tabla 1. *Población y viviendas en Ciudad Guzmán, Jalisco*

<i>Año</i>	<i>Población</i>	<i>TMCA*</i>	<i>Viviendas</i>	<i>TMCA*</i>	<i>Habitantes por vivienda</i>
1950	23 630		5 147		4.59
1960	30 941	2.70	5 604	0.85	5.52
1970	48 116	4.42	7 518	2.94	6.40
1980	60 938	2.36	10 872	3.69	5.61
1990	72 619	1.75	14 572	2.93	4.98
1995	81 720	2.36	17 192	3.31	4.75
2000	85 118	0.81	19 273	2.29	4.42
2005	93 609	1.90	22 526	3.12	4.16
2010	97 750	0.87	30 052	5.77	3.25
2020	111 975	1.36	36 958	2.07	3.03

Nota: * Tasa media de crecimiento anual.

Fuente: Elaborado con base en INEGI, Censos y Conteos Nacionales de Población y Vivienda, 1950-2020.

La mayor parte de las nuevas viviendas se construyeron en la periferia de la ciudad sobre propiedad ejidal, lo que representó también el inicio del crecimiento urbano a costa de la agricultura. Si antes del sismo de 1985 se incorporaron a la ciudad 36 hectáreas de terrenos ejidales, después del terremoto y hasta el año 2000 la cifra creció hasta alcanzar 279 hectáreas (Cabrales y Medina, 1997, p. 332).

Otros fenómenos ocurridos a partir de la década de 1990 vinieron a apuntalar la modernización y la nueva vitalidad de la ciudad. Primeramente, se cuenta la instalación de centros de educación superior, principalmente de la Universidad de Guadalajara, lo que provocó la inmigración temporal de estudiantes provenientes de otros municipios de la región. En segundo lugar, se encuentra el hecho de que el crecimiento urbano demandó nuevos servicios acordes a la renovada realidad de la ciudad; esto atrajo la instalación de plazas comerciales y la apertura de diversas empresas comerciales y de servicios.

Sin embargo, es la expansión de las agroindustrias frutícolas la que más ha motivado el crecimiento de la ciudad, no sólo por el incremento considerable en la demanda laboral, sino por la derrama económica que ha generado, que irradia hacia un sector inmobiliario crecientemente mercantilizado y especulativo. Como puede verse en la tabla 1, entre 2005 y 2010 el número de viviendas se incrementó en 33.4% cuando la población sólo lo hizo en 4.4%, mientras que entre 2011 y 2020 las viviendas aumentaron en 23%, en tanto que la población lo hizo en 14.6%.

Además, el proceso de crecimiento y modernización de Ciudad Guzmán, que en 2024 suma 1 618 hectáreas —173% más que en 1985—, no ha sido adecuadamente planeado, de manera que, a la par de tener un número grande de asentamientos irregulares en las periferias de la ciudad —un total de 89 hasta 2016, que suman 526 hectáreas (Gobierno de Zapotlán el Grande, 2016, p. 110)— y de haberse instalado nuevos fraccionamientos sin que se hayan ampliado las vialidades, mejorado las rutas de transporte e incrementado los espacios públicos, la vulnerabilidad de los habitantes es creciente tanto por las edificaciones realizadas sobre las fallas activas o suelos propensos a la licuefacción como por los riesgos derivados de deslizamientos en laderas y hundimientos, especialmente las edificaciones realizadas en las faldas de la montaña oriente y los peligros que se corren ante

deslaves de la montaña oriente, principalmente por los procesos de deforestación que se llevan a cabo para la instalación de huertas de aguacate. También existen riesgos de inundaciones porque se han rellenado o desviado de su trazo original ríos y arroyos que vierten sus aguas en la laguna de Zapotlán, así como por el desbordamiento de ollas captadoras de agua instaladas en la montaña por los productores de aguacate y por el propio desbordamiento de la laguna, que se encuentra azolvada por los lodos constantemente recibidos de las montañas extensamente deforestadas.

Finalmente, la dinámica especulativa de predios y edificaciones ha provocado un incremento frenético en la búsqueda de terrenos donde fincar y, por consecuencia, un aumento considerable en sus precio y en las prácticas lícitas e ilícitas para hacerse de ellos. Como veremos enseguida, es a estas y a otras presiones a las que se ha enfrentado y se enfrenta Rogelio en su lucha por mantener vigente su huerto agroecológico.

Rogelio, un agroecólogo urbano en resistencia²

Rogelio nació en 1951 en el seno de una familia de clase media de Ciudad Guzmán. Su abuelo, que era comerciante a principios del siglo xx, compró varios terrenos en la época de la Revolución Mexicana, aprovechando que muchos dueños emigraban por la inseguridad de la guerra. Uno de estos predios, localizado al noroeste de Ciudad Guzmán, a escasos 837 metros en línea recta de la plaza central, todavía era rústico, por lo que decidió ahí ubicar la huerta agrícola que tanto había deseado. Igualmente, para hacerse de mayores recursos, tuvo la idea de instalar una gran pulquería a la que denominó La Ventana Chata, por haber ahí una ventana vieja. Todavía en la actualidad a este espacio se le sigue conociendo con ese nombre e incluso también a algunas zonas habitacionales vecinas.

La pulquería La Ventana Chata fue un éxito comercial, ya que se traía pulque de distintas partes de la región y era un producto muy demandado

² Salvo que se indique lo contrario, la información vertida en este apartado fue obtenida a través de dos entrevistas realizadas a Rogelio: el 17 de julio de 2024 por Nadia Cea y el 1 de agosto de 2024 por Alejandro Macías. Además, se integra información vertida de manera informal por algunos colaboradores y miembros del entorno de Rogelio durante 2023 y 2024.

por entonces, llegándose a reunir en este recinto hasta 400 personas entre semana y 600 personas los domingos. Esto hizo que la pulquería generara grandes cantidades de ingresos económicos que le permitieron al abuelo no sólo pagar en siete meses el terreno donde había instalado la pulquería, sino seguir con el equipamiento de la huerta agrícola y la adquisición de nuevas propiedades.

Sin embargo, cuando su vida era exitosa, unos años después murió el abuelo de Rogelio, lo que llevó a la desaparición de la pulquería, más no de la huerta y de todas las otras propiedades, que fueron heredadas por su esposa. Ella asumió el control de la huerta a la vez que se dedicó a sacar adelante a sus dos hijos: el padre de Rogelio —quien, debido a su carácter inquieto y rebelde, fue enviado a la Ciudad de México para estudiar la carrera de Derecho— y un hijo tomado en adopción.

El matrimonio conformado por los padres de Rogelio tuvo 10 hijos, de los cuales este fue el más inquieto. Por razones desconocidas, el padre de Rogelio decidió pedirle a su madre que criara a Rogelio, que por entonces tenía tan solo tres años. Así, este pasó buena parte de su niñez en el huerto de La Ventana Chata, incluso cuando ya estudiaba la primaria, aprendiendo de su abuela la mayor parte del conocimiento que años después le permitió regresar a la agricultura:

Aquí me nació a mí todo lo que sé, principalmente la esencia de la agricultura, de la agroecología; fue por mi abuela, porque ella me enseñaba los secretos, las formas de cultivar, el porqué de las cosas, el comportamiento de los insectos, el comportamiento de las aves que es importantísimo para lo que hoy entiendo que es la agroecología.

Rogelio terminó su educación primaria, pero sólo hizo los primeros años de secundaria, ya que no pudo continuar por motivos económicos. Entonces, a la edad de 18 años comenzó a trabajar en Cementos Tolteca, empresa cuya planta en la localidad vecina de Huescalapa, en el municipio de Zapotiltic, había sido apenas inaugurada en 1969 como parte de la expansión de este enclave calero y cementero en el sur de Jalisco. Rogelio ingresó entonces como obrero, pero su diligencia y capacidad de trabajo pronto le permitieron subir de niveles, primero como encargado de patio materiales, enseña-

da como ayudante de hornos y muy poco tiempo después como encargado de hornos, que era uno de los puestos más altos de la empresa.

En el tiempo que nuestro personaje trabajó para la cementera, contrajo nupcias y procreó tres hijas y un hijo. La más pequeña de las niñas nació con problemas de peso y desnutrición, de manera que Rogelio comenzó a buscar remedios, hasta que un médico le recomendó darle diariamente de uno a dos huevos de codorniz por ser un alimento muy digerible para los niños, además de muy nutritivo. Eran tiempos —finales de la década de 1970— en que el huevo de codorniz todavía no era muy demandado en México y menos en Ciudad Guzmán, de manera que Rogelio tenía que conseguirlos en Guadalajara a precios elevados que representaban un fuerte gasto para la familia. Es por esto que decidió criar sus propias codornices, para lo cual compró 20 animales y una incubadora de hielo seco. Con ello no sólo sacó adelante a su hija, sino que ahí empezaría a crecer lo que después sería la primera granja de codornices en Ciudad Guzmán, aunque hubo de transcurrir tiempo para que su producto fuera comprado, toda vez que este seguía siendo poco conocido en esta localidad e incluso era confundido con huevos de otros animales.

Su insistencia y la posterior divulgación en distintos medios de comunicación, sobre las ventajas nutricionales del huevo de codorniz, consolidaron la granja de Rogelio, que se convirtió, primero, en un medio económico complementario para la familia y, después, en su principal fuente de ingresos, sobre todo cuando llegó a tener una producción de 20 000 huevos que vendía en Guadalajara, Lagos de Moreno y otras localidades de la región de los Altos de Jalisco. El estiércol de las codornices lo vendía a un agricultor que tenía sembradíos de maíz criollo.

En el devenir de su trabajo en la cementera y la atención de la granja de codornices, Rogelio llegó a los 40 años de edad y 22 años de trabajar en la Tolteca, por lo que decidió retirarse de la empresa, cansado por las duras condiciones que se tienen en ese tipo de industrias y afectado por los contaminantes que en ella se respiran. Una vez retirado, se enfrentó a la encrucijada de qué iba a hacer con su tiempo; en esa reflexión decidió volver a la huerta de su familia paterna y reiniciar con las labores agrícolas, aunque cabe señalar que la huerta había quedado semiabandonada después de la muerte de su abuela.

La reincorporación a la agricultura no iba a ser fácil para Rogelio, quien pronto enfrentó el primer problema relacionado con conflictos familiares que había por la herencia de su abuela y el interés que tenían distintos miembros de su familia e incluso personas ajenas a ella, por vender los inmuebles. De hecho, de los 55 mil metros cuadrados que en total tenía el abuelo, en la actualidad sólo quedan en propiedad de la familia 22 mil metros cuadrados, la mayor parte en el predio de La Ventana Chata, que ha podido mantenerse rural en gran parte por la labor de resistencia de Rogelio. Este logró posicionarse en una de sus fracciones, aprovechando que tuvo acceso al testamento original guardado por su padre. No obstante, para mantenerse en este espacio tuvo que sortear diversas presiones, incluso legales, como él mismo lo refiere:

Llego yo y me meto y a base de amenazas y cuanta cosa, me quisieron desalojar. Inclusive me llegaron a demandar dos, tres veces. Me iban a despojar, a dejar sin nada, pero pues siempre la buena suerte pudo más. Yo soy casi el que más he peleado, el que ha detenido todo. Esa es la historia.

A la par de enfrentar las presiones familiares, Rogelio decidió reanimar la huerta. Para hacerlo, apostando por la agroecología —pues pensaba, “si le ponen herbicidas y plaguicidas y matan a los insectos, pues pueden matar a uno también; por eso decidí apostar por lo orgánico”—, un factor fundamental fue que investigó y supo que el estiércol de codorniz —llamado *codornaza*— es uno de los mejores abonos que existen por su alto contenido de nitrógeno. Entonces decidió utilizar el que se generaba en su granja para hacer abonos y compostas que le permitieran crecer a los poco más de cuarenta arbolitos de lima que plantó, así como cultivar pequeñas superficies de distintas hortalizas.

Poco tiempo pasaría para que se diera cuenta de que sus árboles de lima se llenaban de fruta, mientras que había un cambio sustancial en el sabor y calidad de estas y de las verduras que producía con codornaza y sin químicos, respecto de las que se vendían en los mercados y que eran producidas con agroquímicos e insumos externos.

En un principio, el total de la producción que lograba la huerta de Rogelio era destinada para el consumo familiar y para regalar a vecinos y ami-

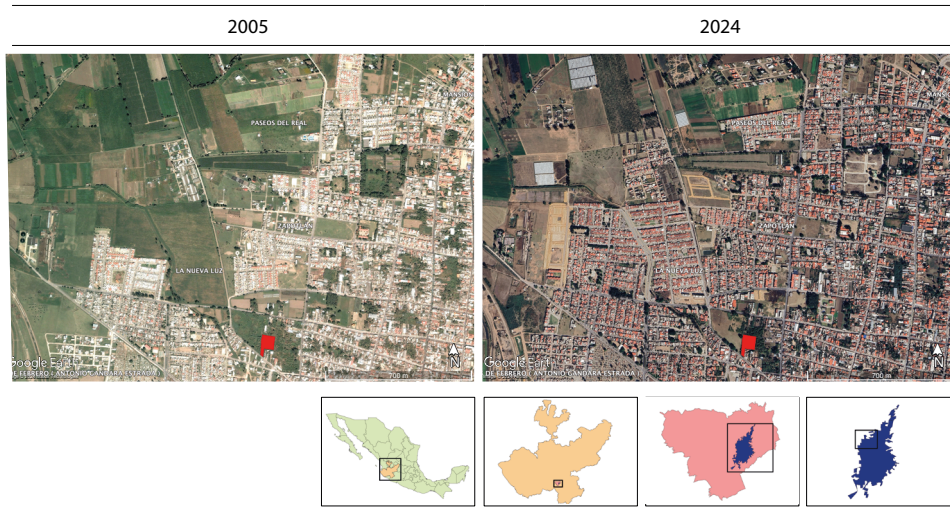
gos. No obstante, conforme fueron creciendo las cosechas, Rogelio comenzó a incursionar en los mercados locales, aunque para ello tuvo que sortear nuevos retos:

Cuando comencé a ofrecer mis productos como orgánicos y de mejor calidad, era el tiempo en que la televisión estaba en su auge difundiendo los agroquímicos y lo que iban a producir y, pues era el color, las verduras gigantes, repollos, cebollas, todo era bonito y de colores, ya ve que la televisión maneja todo ese tipo de cosas. Y después ya estaban los Monsanto y todas esas compañías con sus maíces transgénicos y la propaganda de que el que dominara las semillas, iba a ser el dueño del mundo. Entonces, cuando yo ofrecí mis cultivos orgánicos, cuál fue mi sorpresa que me eché encima a la gente, casi me la rayaban, no era posible que yo pudiera estar haciendo eso. Entonces opté por no decir las cosas y empezar a utilizar otra técnica más pasiva de comentarles que el sabor era muy diferente porque mis abonos eran naturales. Así empecé...

Este fenómeno duraría por muchos años en que la agroecología no era apreciada por la mayor parte de la población de Ciudad Guzmán, y Rogelio se sentía sólo en su esfuerzo. Incluso, en los años de auge de la Revolución Verde él mismo tuvo tentaciones de abandonar la agroecología, pues veía que la gente que utilizaba químicos se desarrollaba al por mayor y entonces pensaba que lo mejor era recurrir a ellos para que las cosas fueran más sustentables. Afortunadamente pudo resistir a esa idea con base en la investigación respecto a las bondades que la agroecología tenía para la salud y el cuidado de la naturaleza.

Después de superados los escollos anteriores, la huerta agroecológica de Rogelio comenzó a consolidarse, aunque en este proceso tuvo que enfrentar nuevos retos que incluso amenazaron su futuro. El primero de ellos tiene que ver con el crecimiento urbano de la zona donde se encuentra la finca. Esta zona, a pesar de estar cercana al centro de la ciudad, mantuvo hasta 2005 distintos espacios dedicados a la agricultura (figura 3). Sin embargo, a partir de entonces y con mayor intensidad desde 2010, esta área se ha urbanizado de forma creciente, surgiendo nuevos fraccionamientos.

Figura 3. Noreste de Ciudad Guzmán (2005-2024)



Fuente: Elaborado con *software* QGIS con base en Google Earth.

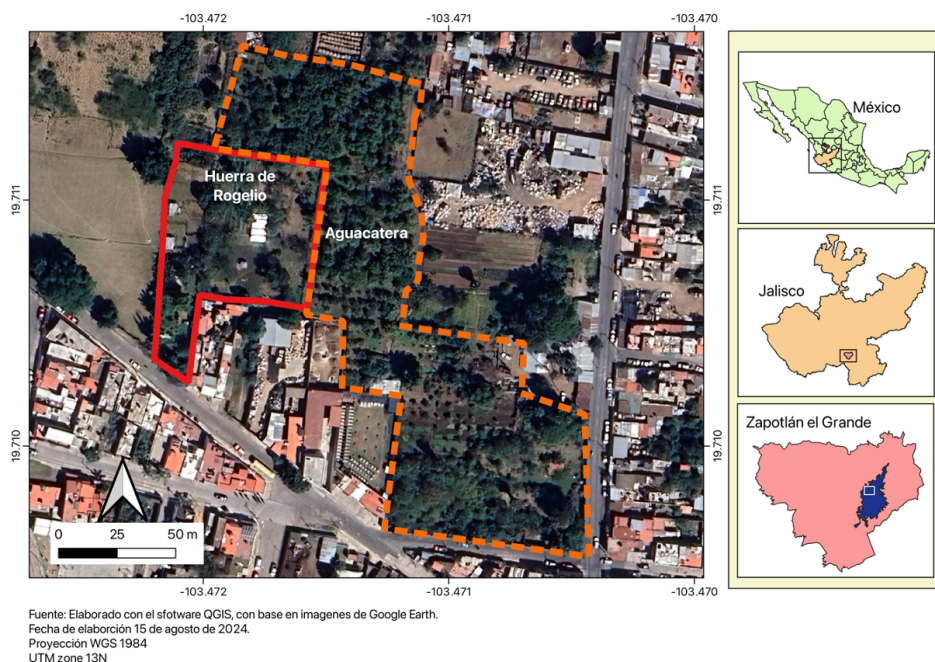
En ese contexto, la ubicación estratégica de la huerta de Rogelio se ha vuelto un área codiciada para las empresas constructoras, quienes buscan de distintas formas hacerse de él, desde el ofrecimiento de compra con promesas millonarias hasta la confabulación con familiares para forzar la venta e incluso, según Rogelio, utilizando al gobierno municipal como medio de presión:

Estamos a tres, cuatro cuadras del centro, y los constructores no ven que estamos produciendo oxígeno al por mayor, son compañías muy ventajosas. Nos hablan de millones, “te vamos a dar cuatro, cinco fincas”, pero no es por ahí, nosotros no tenemos el afán de lucro. Ellos provocan intrigas, pleitos y nos ponen trampas. Usted sabe que el poder económico es muy fuerte, en los gobiernos es lo que rifa. A nosotros, ahorita, tenemos dos meses queriendo poner la luz y no nos la ponen para poder seguir progresando y poder seguir siendo competitivos, no porque no haya, sino que nos están presionando simplemente con eso para vender. Pero nosotros sabemos perfectamente que seguir adelante significa brincar todos esos tipos de trampas, demostrarles a esas personas que nos bloquean, que nos ponen trampas, que vamos a seguir adelante.

A pesar de estas y otras presiones recibidas, Rogelio ha podido resistirlas en buena medida gracias a las redes de apoyo que ha forjado en los años recientes. Estas le permiten mejorar tanto los niveles de producción como sus mecanismos de venta, de manera que cuenta con un nivel de rentabilidad con el que puede resistir las ofertas inmobiliarias.

Una segunda amenaza a la que ha tenido que hacer frente Rogelio tiene que ver con el desarrollo agroindustrial, que incluso llegó hasta las puertas de su huerto, con la instalación, hace aproximadamente 10 años, de una aguacatera al noreste de su predio (figura 4). Rogelio sabe que la mayor afectación que recibe de este emprendimiento es que sus dueños no escatiman en el uso de agroquímicos, los cuales, con el viento, pueden llegar hasta sus plantas: “Nos contaminan, ellos no tienen conciencia, ni por aquí les pasa que pueden tener consecuencias de cáncer. Aquí los niños ya tienen problemas de riñones y todo por los contaminantes”.

Figura 4. Huerta agroecológica de Rogelio y aguacatera vecina



Fuente: Elaborado con *software* QGIS con base en Google Earth.

Para aminorar los efectos negativos, sin confrontarse directamente con los vecinos, Rogelio ha plantado en toda la frontera con la aguacatera una serie de árboles de papaya y otras plantas que sirvan como barrera biológica. No obstante, está consciente de que este tipo de producción puede, en un momento dado, afectar la calidad de sus productos y la diferenciación que tienen y por lo que son actualmente demandados por muchos consumidores.

El tercer gran reto al que Rogelio se enfrentó en los años recientes fue cuando se vinculó con personas supuestamente expertas en agroecología, quienes le ofrecieron ser socios para potenciar su huerta. Aunque la idea parecía positiva y así resultó en los primeros meses —al grado de que Rogelio se retiró un poco de la huerta y delegó en ellos la responsabilidad en su manejo—, después aparecieron los problemas cuando su socio buscó integrar a unos empresarios agroecológicos que tenían la intención de rentar su finca:

Trajeron un tal ingeniero francés que venía de Guanajuato y a otro de por acá. Eran tres socios. Entonces me dijo el francés: “Oiga, le vamos a rentar, ¿en cuánto nos renta?”. Él puso las condiciones: “Le voy a dar 1 000 pesos por esta tira, otros 1 000 por esta otra; vamos a meter manguerado por goteo, vamos a ocupar de aquel lado de la entrada para hacer una bodega”. Yo estaba en ese momento cultivando una lechuga de primer nivel y me ofreció comprármela. Y luego me dijo: “Usted va a ser velador, le vamos a pagar otros 2 000 pesos, y usted va a ser el regador y le vamos a pagar otros 500 pesos”. Yo les preguntaba si no estaban prometiendo mucho, pero me dijeron que no, que el ingeniero era muy dinámico, pero nada de eso, ellos ya tenían todo muy preparado para fregarlo a uno.

En primer lugar, ellos habían prometido que pondrían la bomba para el agua, pero a la mera hora ya querían que yo se las pusiera, que pusiera la luz y varias cosas. Luego me quemaron la bomba que yo tenía porque pues no era para lo que la emplearon; igual, trajeron a una güera que me hizo un desmadre aquí.

Luego llegó el día de pago, y pues no pagaron, pasó un mes y pasó otro mes y nada. Un día hablé con uno de los socios y le dije: “Bueno, tú eres socio, págame por lo menos tu parte”; no, que un mes de gracia. Después, mejor

otros dos meses de gracia. Así se la llevaban. Ya cuando llevaban más de siete u ocho meses y no había nada, empezaron entre ellos a pelearse y querían que yo apechugara todo. Fue cuando decidí que ya no seguíamos, ahí muere todo.

Lo que es increíble es que, después que pasó un año de eso, llegó otra vez esa persona y me dice: “Le damos 100 000, vamos a rentar; le vamos a pagar 10 000 pesos mensuales. Usted puede seguir con sus animales y puede venir cuantas veces quiera, vamos a dar fondo a la noria con nuestra maquinaria especial y le vamos a garantizar que trabajaremos con lo que es la agroecología, como debe de ser”. Todavía lo pensé dos días, pero decidí que no lo iba a hacer porque pensé: “Estos van a llegar y van a destrozar todo, van a acabar con todo, no van a respetar los vástagos, ni los bambús; ellos sólo traen la idea del negocio”. ¡Ah, pero eso sí!, se las dan de sabios en la agroecología y desacreditan nuestros conocimientos como campesinos: que no ponga eso porque mata catarinas, que no haga esto otro..., pero yo, como les digo: “Ustedes ya no han cultivado nada, ¿dónde están sus terrenos o dónde cultivan?, ¿dónde hacen lo que nosotros, que le estamos fregando?”.

La experiencia anterior dejó a Rogelio casi quebrado dado que invirtió mucho en el proyecto sin recibir prácticamente nada a cambio. A ello se agregó que una persona que adquiriría sus productos agroecológicos para tratarse un cáncer decidió demandarlo aduciendo que algunas bacterias hospedadas en sus cultivos habían empeorado su enfermedad. Afortunadamente Rogelio pudo salir adelante de este problema, al demostrar que sus productos estaban libres de ese tipo de patógenos, aunque ello significó un nuevo desgaste económico y en su estado de ánimo.

Por todas esas condiciones adversas, Rogelio llegó a pensar en abandonar tanto la agroecología como el trabajo en la huerta. Sin embargo, en esos momentos críticos tuvo la fortuna de que aparecieran en su vida una serie de actores que serían fundamentales para renovar el trabajo agroecológico. Primero fue una pareja de jóvenes empresarios que llevan varios años dedicados a actividades enfocadas en la sustentabilidad, así como en la producción y comercialización de productos agroecológicos. Estas personas le propusieron a Rogelio trabajar en su huerta a cambio de poder vender parte de su producción en Guadalajara y otros mercados regionales. Su participación ha resultado fundamental para el proyecto de Rogelio, tanto porque

así él ya no está solo para trabajar la huerta, lo que le permite incrementar y diversificar las actividades productivas, como porque, con su participación, se ha podido incrementar el mercado para sus productos, considerando que la comercialización es una de las áreas de mayor vulnerabilidad para los agricultores y para los agroecólogos.

Otro aporte relevante derivado de esta relación fue que uno de estos jóvenes empresarios puso a Rogelio en contacto con los académicos que dirigen el proyecto de investigación e incidencia denominado “Transición agroecológica en la agricultura de pequeña escala en tres regiones agrícolas de México”. Derivado de ello, con parte del financiamiento con que cuenta el proyecto, se pudo mejorar la infraestructura de la huerta, tanto por la compra de una nueva bomba para subir el agua de la noria como por la instalación de una geocisterna captadora de agua y un sistema de riego por goteo para un sector de la huerta. Tal infraestructura permitirá a Rogelio ser un poco más autónomo respecto de los vaivenes en el acceso al agua, sobre todo en momentos en que el crecimiento de la agricultura industrializada ha provocado una drástica disminución del líquido en el acuífero subterráneo de Ciudad Guzmán (Macías-Macías y Sevilla-García, 2021). Además de ello, podrá consolidar la producción hortícola que tiene e implementar un proyecto de producción de lima y otros frutales que ya ha puesto en marcha.

Finalmente, a través del proyecto de investigación e incidencia, Rogelio conoció a una joven recién egresada de Ingeniería en Agroecología, cuyo convencimiento de esta disciplina científica y de la potencialidad que tiene para los campesinos de México le han permitido involucrarse en la huerta de Rogelio con mucha motivación para aprender y para proponer nuevas opciones rentables para la finca. Para Rogelio, esta relación le genera muchas expectativas para el futuro de su huerta agroecológica.

Estos actores y otros más que se han acercado permiten que la huerta viva hoy un nuevo impulso agroecológico, con una producción que comienza a ser rentable, aunque no genere grandes utilidades. En La Ventana Chata, Rogelio tiene en la actualidad una farmacia viviente con muchas plantas medicinales, así como distintas áreas de cultivo de frutas y hortalizas, muchas de ellas proveedoras de grandes beneficios nutritivos y medicinales. Produce composta con base en el estiércol de sus codornices y de las cabras

que también cría para vender. Tiene varios vástagos que protegen la humedad del suelo y producen plátanos de muy buen sabor, así como árboles de bambú cuyos troncos utiliza tanto para el invernadero que ha construido como para la propia bodega donde se encuentra la noria. En ocasiones produce maíz y otros granos, además de que su huerta se ha convertido tanto en un espacio de experimentación continua como en una escuela de saberes agroecológicos donde Rogelio recibe con mucho gusto a estudiantes y profesores universitarios de distintas carreras.

A su sistema de producción, que abarca poco más de tres mil metros cuadrados —en algún momento pensó sembrar otros 5 000 metros con hortalizas, dado que el predio ubicado a la izquierda de su huerta también es de su familia, pero decidió no hacerlo porque a su juicio requeriría contratar trabajadores e invertir en otro tipo de insumos que pondrían en peligro el control de la huerta y la sustentabilidad de su proyecto—, lo califica como un circuito cerrado:

Es un circuito cerrado, pues combinamos todo. Las compostas que tenemos, los germinados y tierra para germinados los fortalecemos con el abono de codorniz e incorporamos pasto, hojarasca y todo lo que es materia orgánica, sus aserrines y todo; por eso sacamos un abono de primer nivel. Mis cabras son orgánicas, pues todo lo que se nos queda, que antes teníamos un problema de tirarlo, hoy se recolecta y va para mis animalitos, para ellos es excelente, pues no miden lo bonito o lo feo. Entonces siento que estamos ya en equilibrio; todas las cosas que hacemos van en armonía: aves, cabras, rumiantes y el campo. Eso es lo que buscamos.

Adicionalmente, en su parcela surgen nuevos proyectos —como un temazcal o cursos para niñas y niños— que pueden consolidar aún más su futuro, aunque también aparece un factor de vulnerabilidad que puede ser riesgoso para la finca, es decir, el poco interés que existe entre los familiares de Rogelio por el manejo de su huerta. En este sentido, aun cuando su esposa también está inmersa en la agroecología, trabajando como miembro activo en la Alianza Ciudadana para el Desarrollo Regional Alternativo del Sur de Jalisco (ACDRA-SURJA) —organización comunitaria dedicada a fomentar el consumo de alimentos producidos con sustentabilidad— y en el

colectivo de comercialización Flor de Luna —donde comparte recetas de cocina creadas por ella con ingredientes orgánicos—, no existe mayor interés por parte de sus dos hijas ni tampoco de la mayoría de sus nietos para involucrarse en las actividades de la huerta. El único que en un momento dado sí quiso hacerlo fue uno de sus nietos, que en su adolescencia incluso pasaba buena parte de su tiempo en la huerta. Sin embargo, vicisitudes familiares ocasionaron que el joven se separara un tiempo, aunque poco a poco Rogelio lo va convenciendo de regresar.

Ante este factor de potencial debilidad, Rogelio espera que la red de apoyo que ha construido en los años recientes crezca aún más y se convierta en el soporte que le permita a la huerta consolidarse y superar los distintos escollos. Por lo pronto, hoy se encuentra feliz por lo que ha logrado y por el futuro que vislumbra para su huerta agroecológica:

Esto va a ser una fregonería, si hace unos años era ya un desierto y ahorita es un bosque, ya se imagina cómo vamos a estar con las cosas que estamos inventando, sin afán de lucro. Lo que más me gusta es que los niños que vienen aquí van a defender la naturaleza en su tiempo, cuando sean grandes, nada más por haber nacido aquí, estar aquí y aprender de las convivencias con lo que es el campo. Es mi mayor satisfacción.

Discusión y conclusiones

La historia de vida de Rogelio plantea una serie de elementos de reflexión sobre el presente y futuro de la agroecología urbana. En primer lugar, hemos visto en su historia cómo la agroecología en general y la que se desarrolla en territorios urbanos o periurbanos en particular enfrenta constantes vulnerabilidades por ser una actividad que va a contracorriente de las tendencias hegemónicas, desde hacer frente a un crecimiento urbano característico en muchos territorios de México, anteriormente orientados hacia la ruralidad, hasta proponer formas para la producción de alimentos que son distintas a las ofrecidas por el lucrativo modelo agroindustrial hegemónico. En el ínter, los agroecólogos campesinos suelen enfrentar a actores y procesos abusivos y extractivistas de sus saberes, prácticas y medios de producción.

Ante este estado de cosas, las agroecologías urbanas, en sus distintas y heterogéneas manifestaciones, son espacios permanentes de resistencia contrahegemónica:

1. Frente al modelo agroindustrializado de producción de alimentos, donde la alimentación y nutrición de la mayoría de los consumidores, especialmente los urbanos, depende de las decisiones mercantiles e insustentables tomadas por empresas oligopólicas y sus proveedores.
2. Frente al productivismo y al gigantismo como únicas fuentes viables para producir alimentos, pues la agroecología urbana muestra que lo pequeño puede ser no sólo eficiente, sino hermoso, agradable y perdurable, además de ser un espacio de libertad para la creatividad (Schumacher, 1973) y para sustentabilidad.
3. Frente a los monocultivos y al uso de agrotóxicos y otros insumos externos que dañan a la naturaleza y a la salud.
4. Frente a la vida en la ciudad desvinculada casi en su totalidad de la naturaleza y sus fenómenos.
5. Frente a la dinámica urbana donde predominan el sedentarismo, la dinámica competitiva, la hipertecnificación y la monotonía del internet y los medios masivos de comunicación, situación en la cual se dejan de apreciar los pequeños detalles de la vida y del entorno.
6. Frente a la contaminación atmosférica, hídrica, del suelo, acústica, lumínica, visual y térmica que se vive en las ciudades y de la cual difícilmente se puede escapar.
7. Frente al cientificismo aplicado en la agricultura, que desprecia los saberes locales forjados a través de varias generaciones.
8. Frente al saqueo epistemológico y a la manipulación de actores que, abanderando la sapiencia agroecológica, pretenden expropiar procesos y saberes campesinos.
9. Frente al individualismo urbano, que se ha olvidado de las prácticas comunitarias basadas en la colaboración y la solidaridad.

Estas resistencias, manifiestas en los huertos agroecológicos urbanos, llevan tras de sí el actual dilema al que se enfrenta la humanidad: la decisión

entre seguir dentro de un estilo de vida industrializado, urbanizado, competitivo y atentatorio contra la naturaleza, la vida, las prácticas colaborativas y los saberes populares o arropar propuestas alternativas que retornen a los principios ancestrales en favor de la vida, la solidaridad y el diálogo para la resolución de los problemas.

En este dilema, resulta evidente que el equilibrio de fuerzas es claramente asimétrico en favor del modelo industrial, de manera que quienes apuestan por las opciones alternativas deberán hacerlo enfrentando, como Rogelio, múltiples adversidades, tentaciones y artimañas que pretenden obstaculizar el desarrollo de sus propuestas e incluso eliminarlas. En ese reto, resulta difícil saber cuánto aguantarán los agroecólogos urbanos, sobre todo en casos como el de Rogelio, que ya supera los 70 años de edad y no tiene en su familia directa, personas interesadas en continuar por esta vía. No obstante, su convencimiento y las redes de apoyo que estos actores logren forjar con otros con quienes mantengan afinidades seguro serán factores fundamentales para consolidar y acrecentar los proyectos agroecológicos urbanos en beneficio de la humanidad y de la Madre Tierra.

Para concluir, queremos hacer dos últimas observaciones. La primera es que, aun cuando las “armas de los débiles” son estrategias de resistencia válidas e incluso pertinentes en muchos momentos de las relaciones entre los actores vulnerables y los poderosos, sólo deben ser un instrumento de corto plazo que permita preparar nuevas y más contundentes estrategias colectivas, sobre todo cuando se enfrentan procesos hegemónicos; de lo contrario, la resistencia puede convertirse incluso en un factor que, lejos de debilitar, afiance la hegemonía y hasta la legitime.

En ese sentido, las transiciones agroecológicas, para ser opciones alternativas al modelo industrializado de producción alimenticia, deben trascender los proyectos individuales desarrollados en las parcelas, para buscar las redes de colaboración nacional y mundial capaces de enfrentar a la hegemonía agroindustrial, con sus discursos y sus prácticas.

En segundo lugar, es preciso entender que las resistencias se reconfiguran conforme a las circunstancias a las que se enfrentan los actores, de manera que si cambian las condiciones es perfectamente racional que cambien las formas de resistir aun cuando parezca que se abandona el proyecto original. Por eso es preciso que la población urbana respalde los huertos

agroecológicos, para que así estos puedan enfrentar en mejores condiciones las tentaciones y los retos en el futuro.

Referencias

- Banco Mundial. (2023, 3 de abril). *Desarrollo urbano*. <https://www.bancomundial.org/es/topic/urbandevelopment/overview#:~:text=En%20la%20actualidad%2C%20alrededor%20del,10%20personas%20vivir%C3%A1n%20en%20ciudades>
- Bauer, G. y Roux, J. M. (1976). *La rurbanisation ou la ville éparpillée*. Seuil.
- Cabralles, L. F. y Medina, A. (1997). Cambio urbano en Ciudad Guzmán después del sismo de 1985. *Éria*, (44), 323-334. <https://doi.org/10.17811/er.0.1997.323-334>
- Carrillo-Armenta, J. (2004, 11 de octubre). Cuenca de Zapotlán: Deforestación y deterioro ambiental. *Gaceta Universitaria* (Universidad de Guadalajara).
- Convención de Ramsar. (2020). *Laguna de Zapotlán*. <https://www.ramsar.org/es/humedal/mexico>
- De la Peña, G. (1991). Rituales étnicos y metáforas de clase: La fiesta de San José en Zapotlán el Grande. *Estudios Jaliscienses*, (5), 11-27. <https://www.estudiosjaliscienses.com/wp-content/uploads/2019/08/5-Rituales-%C3%A9tnicos-y-met%C3%A1foras-de-clase-la-fiesta-de-San-Jos%C3%A9-en-Zapotlán-el-Grande.pdf>
- Delgadillo, J. y Bassols, M. (1986). Ciudad Guzmán: Los damnificados marginales. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, (123), 89-112. <https://www.revistas.unam.mx/index.php/rmcpys/article/view/72047/63537>
- Gobierno de Zapotlán el Grande. (2016). *Atlas municipal de peligros y riesgos naturales, Zapotlán el Grande*. Ayuntamiento de Zapotlán el Grande, Jalisco. https://ciudadguzman.gob.mx/Documentos/Ordenamientos/20160216_org_d42da999-2d85-4d86-a9f3-936adf9e724c.pdf
- Gobierno de Zapotlán el Grande. (2018). *Programa municipal de desarrollo urbano Zapotlán el Grande*. Ayuntamiento de Zapotlán el Grande, Jalisco. <https://www.zapotlan.gob.mx/Imagenes/Noticias/Programa%20Municipal%20de%20Desarrollo%20Urbano%202020.pdf>
- Gramsci, A. (2018). *Pasado y presente: Cuadernos de la cárcel*. Gedisa.
- Holt-Giménez, E. (2009). Crisis alimentarias, movimiento alimentario y cambio de régimen. *Ecología Política*, (38), 73-79. <https://www.jstor.org/stable/20743521>
- Holt-Giménez, E. (2017). *El capitalismo también entra por la boca. Comprendamos la economía política de nuestra comida*. Monthly Review / Food First.
- Instituto de Información Estadística y Geográfica. (2014). *Zapotlán el Grande: Diagnóstico del municipio*. IIEG.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2020). *Censo General de Población y Vivienda, 2020*. INEGI.
- Lazcano, S. (2013). *Estudio del escalonamiento del terreno a lo largo de un trazo: Suelo-estructura*. Consultoría Geotécnica y Sísmica.

- Macías-Macías, A. y Sevilla-García, Y. (2022). *El fracaso del desarrollo y la opción por el buen vivir*. Comunicación Científica. <https://doi.org/10.52501/cc.034>
- Macías-Macías, A. y Sevilla-García, Y. (2021). Naturaleza vulnerada: Cuatro décadas de agricultura industrializada de frutas y hortalizas en el sur de Jalisco, México (1980-2020). *EntreDiversidades*, 8(1), 64-91. <https://doi.org/10.31644/ed.v8.n1.2021.a03>
- Martín, R. (2023, 20 de septiembre). Ciudad Guzmán: El otro temblor de 1985. *El Informador*. <https://www.informador.mx/ideas/Ciudad-Guzman-el-otro-temblor-de-1985-20230920-0016.html>
- Michel-Parra, J. G., Guzmán-Arroyo, M., Covarrubias-Tovar, N., Rocha-Chávez, G., Espinosa-Arias, J. A., Barajas-Martínez, A., Orendain-Verduzco, T., González-Guerra, G., Magaña-Virgen, M., Ramírez-Maciel, R. y Flores-Sepúlveda, B. Y. (2005). *Ficha informativa de los humedales de Ramsar (FIR): Sitio Ramsar laguna de Zapotlán*. RAMSAR.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura y Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola. (2019). *Decenio de las Naciones Unidas para la agricultura familiar 2019-2028: Plan de acción mundial*. FAO / IFAD. <https://openknowledge.fao.org/server/api/core/bitstreams/1f6d3ffe-6cb4-4cc0-9462-a60efcd-fe584/content>
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, Rikolto y Centros de Recursos sobre Agricultura Urbana y Seguridad Alimentaria. (2022). *Urban and peri-urban agriculture sourcebook: From production to food systems*. FAO / Rikolto. <https://doi.org/10.4060/cb9722en>
- Panel Internacional de Expertos en Sistemas Alimentarios Sostenibles. (2024). *Acorralados: ¿Qué factores explican las presiones sin precedentes sobre las tierras agrícolas de todo el mundo y qué se puede hacer para garantizar el acceso equitativo a las mismas?* IPES-FOOD. <https://ipes-food.org/wp-content/uploads/2024/05/AcorraladosES.pdf>
- Schumacher, E. F. (1973). *Small is beautiful: Economics as if people mattered*. Blond and Briggs.
- Scott, J. C. (1985). *Weapons of the weak: Everyday forms of peasant resistance*. Yale University. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1nq836>
- Scott, J. C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia: Discursos ocultos*. ERA.
- Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural, Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera. (2024). *Anuarios de producción agrícola en México*. SADER. <https://nube.siap.gob.mx/cierreagricola/>
- Secretaría de Desarrollo Rural. (2014). *Jalisco: Gigante agroalimentario*. Gobierno del Estado de Jalisco.
- Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales. (2023, 7 de noviembre). *Proyecto "Huertos urbanos agroecológicos"*. Subsecretaría de Política Ambiental y Recursos Naturales, Dirección General de Agroecología y Patrimonio Biocultural. https://eventos.semarnat.gob.mx/files/uploads/rodolfo/2023/11/16/04_resumen_proyecto_ha.pdf
- United Nations. (2019, 17 de junio). Unos 24.000 millones de toneladas de suelo fértil se pierden cada año por la desertificación. *Noticias ONU*. <https://news.un.org/es/story/2019/06/1457861>

United Nations. (2023, 24 de octubre). Cada año se pierden al menos 100 millones de hectáreas de tierras sanas. <https://www.unccd.int/es/news-stories/press-releases/least-100-million-hectares-healthy-land-now-lost-each-year>

Woods, M. (2007). Engaging the global countryside: Globalization, hybridity and the reconstitution of rural place. *Progress in Human Geography*, 31(4), 485-507. <https://doi.org/10.1177/0309132507079503>